

Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín, 2024.

# Trabajamos y nos divertimos: El mundo del trabajo en la historia queer.

Insausti, Santiago Joaquín y Maximo Javier  
Fernandez.

Cita:

Insausti, Santiago Joaquín y Maximo Javier Fernandez (2024).  
*Trabajamos y nos divertimos: El mundo del trabajo en la historia queer.*  
*Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre  
Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos  
Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/congresodiversidad/63>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eUcC/qnF>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

---

Trabajamos y nos divertimos: El mundo del trabajo en la historia queer.

Santiago Joaquín Insausti (Universidad Nacional de General Sarmiento) — [sinsau@gmail.com](mailto:sinsau@gmail.com).

Maximo Javier Fernandez (Universidad de Buenos Aires) — [maximojavierfernandez@gmail.com](mailto:maximojavierfernandez@gmail.com).

Eje 2. Educación, trabajo, cuidados y condiciones de vida.

## Resumen

Nuestra presentación aborda un aspecto poco estudiado de la historia queer: los vínculos entre la construcción de las identidades sexuales y de género y el “mundo del trabajo”. Nuestra hipótesis es que las identidades laborales y las sexo-genéricas se encuentran íntimamente imbricadas. Por un lado, los cambios en la subjetividad y en los cuerpos de las maricas condicionaron sus ocupaciones. Por ejemplo, su acceso al empleo siempre estuvo limitado y determinado por su expresión de género. La feminidad podía exponerlas al hostigamiento y a la violencia en labores entendidas como prototípicamente masculinas o podía significarles condiciones ventajosas en el caso de algunos oficios feminizados. Por otro lado, comercios, oficinas y fábricas fueron espacios privilegiados de subjetivación socio-sexual. Las transformaciones en el mundo laboral incidieron directamente en la producción de diferentes subjetividades queer. La precariedad del trabajo del Buenos Aires finisecular, el proceso de industrialización sustitutiva que se consolidó a partir de la década de 1940 o la emergencia del “preariado” junto al neoliberalismo en la década de 1990 produjeron modos diferenciales de habitar el deseo, el género y el cuerpo.

## Trabajo:

Desde mediados de la década de 1940, los aparatos represivos del Estado persiguieron la circulación de maricas por el espacio público con ahínco, lo que limitaba el acceso de personas abiertamente feminizadas a empleos formales. Sin embargo, en esta época, esta feminidad podía montarse y desmontarse tácticamente. Las maricas podían vestirse “de mujer” para divertirse en fiestas y carnavales, pero vivir habitualmente como hombres. Esto les permitía no perder sus trabajos y pasar desapercibidas ante la vigilancia policial.

Las que pertenecían a clases populares comenzaron a acceder de este modo a empleos formales en el marco del desarrollo económico de la posguerra y de los derechos laborales habilitados por el peronismo. Generalmente, buscaban y eran a la vez demandadas en trabajos



socialmente asociados con las mujeres. Así, era posible hacer valer aquello que tanto ellas como sus empleadores consideraban talentos femeninos vedados a los hombres: la sensibilidad, la meticulosidad, la empatía, el cuidado de los otros y la percepción estética.

En relación con este último punto, eran muy demandadas como vidrieristas, pedicuras, maquilladoras, peluqueras y en el rubro artístico como auxiliares en el mundillo del cine, el teatro y la televisión. En las ocupaciones que tenían que ver con la estética se entendía que las artes femeninas de las maricas les otorgaban capacidades que los hombres heterosexuales no tenían y en las cuales muchas veces eran consideradas aún mejores que las mujeres. A su vez, en estos trabajos no eran hostigadas y muchas veces tenían amplias licencias para mariconear y vestir estilos más provocadores. Malva, una marica chilena que migra a Buenos Aires en la década de 1940, relata que, en el teatro en el que se desempeñaba como vestuarista, usaba pañuelitos y camisolas coloridas que eran festejadas por sus compañeros pero que se sacaba obligatoriamente para transitar por la calle para eludir el riesgo de ser detenida.

Además, eran bienvenidas y demandadas en las tareas de cuidado, también asociadas a la feminidad. Trabajaban cuidando ancianos, de mucamos, amos de llaves o enfermeros. Aunque de modo chabacano, el cine plasma frecuentemente a las maricas en estos empleos como personajes secundarios de la mayoría de las películas picarescas. Manolo, el eterno mayordomo afeminado de las películas de Armando Bo e Isabel Sarli es un buen ejemplo, también los modistos y bailarines afeminados en las películas de Olmedo y Porcel. Aquellas representaciones de la cultura popular, si bien paródicas, dan cuenta que era esperable que los varones que se desempeñaban en estas profesiones fueran afeminados y/o homosexuales.

A diferencia de en las ciudades, en los suburbios, las maricas eran más aceptadas por las comunidades barriales, y tenían oportunidad de montar pequeños comercios, muchas veces también asociados a la estética. La Pepa, por ejemplo, tenía un kiosco pequeño, en el cual vendía y asesoraba sobre productos de belleza, luciendo cada uña pintada de un color diferente como muestrario de esmaltes. También podían montar pequeños salones de belleza, aunque siempre para señoras. La barbería de varones siempre fue un espacio ritual de afirmación de la masculinidad y de sociabilidad masculina entre la comunidad de pares. La peluquería de mujeres en cambio permitía dar rienda suelta a un montón de prácticas imaginadas en sintonía con la feminidad, como el intercambio de secretos de belleza, de consejos para el amor, el debate del cotilleo de la farándula y de los últimos chimentos de las estrellas de televisión o de los vecinos del barrio.



Estos trabajos también podrían brindar la posibilidad de un eventual levante, convirtiéndose en escenario para el sexo. Los camareros tenían la ventaja de poder vigilar el ingreso de varones a los baños de los bares y cafés donde trabajaban para tener algún encuentro sexual furtivo. Los comerciantes y peluqueros de los barrios se presentaban siempre disponibles para atender detrás del mostrador a los varones heterosexuales -chongos- que esperaban a que no hubiera clientela para concurrir a visitarlas para tener sexo. Las galeristas, que trabajaban vistiendo los maniqués y montando las vidrieras de las boutiques y marroquinerías, podían estar atentas al yire callejero “relojeando” la circulación de los hombres por los reflejos de las vidrieras.

### **El sindicalismo: espacio privilegiado de la politización queer**

Los trabajadores del correo estatal merecen una atención especial. Desde la década del cincuenta el correo constituyó un refugio laboral para las maricas. Concretamente, su presencia era desmesurada en relación con el volumen de trabajadores de planta: algunos testimonios dan cuenta de que, al menos, 6 o 7 trabajadores de cada sucursal porteña eran abiertamente homosexuales. En este marco, pese incluso a tratarse de un ambiente machista como todos, tenían amplio margen de maniobra para expresar su sexualidad y sus géneros alternativos:

“En esa época, cada sucursal tenía a seis o siete maricas empleadas, el correo estaba infectado de maricas, eran nidos, una cosa terrible, y muchas eran muy provocadoras y escandalosas, no se escondían para nada, y a la sucursal que tenía pocas nos encargábamos de mandarle refuerzo (se ríe). El humor estaba siempre presente. Había una loca que hacía repartos entre las oficinas que usaba un guardapolvo gris, y adentro, en invierno, usaba un tapado de piel al revés con un slip abajo y cuando llegaba a mi oficina entraba diciendo permisooooo y se sacaba el delantal.”

Además, las maricas eran muy activas en la Federación Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones (FOESIC), a contramano de la mayoría de los sindicatos argentinos que recién incorporaron a mujeres y personas queer en puestos jerárquicos durante este siglo. En el seno de este gremio surgió durante la dictadura de Juan Carlos Onganía



“Nuestro Mundo”, la primera organización de homosexuales de Latinoamérica. Como delegadas, las maricas obtenían herramientas para defender sus derechos frente a la patronal. A fines de la década de 1960, Luis Troitiño trabajaba como auxiliar contable en una sucursal y cumplía funciones además como secretario administrativo de FOESIC, en el cual atendía a los diferentes delegados. En su testimonio da cuenta de que el correo fue el primer ámbito laboral en que se reconoció la identidad de una persona transexual:

“El delegado de la sucursal del correo en el Congreso, donde trabajaba ella, nos presenta la situación en el sindicato. Nos decía que “un muchacho que se hizo una cirugía y quiere reincorporarse como mujer tiene inconvenientes para seguir trabajando” (...). El delegado también nos plantea que la obra social no le quería reconocer los gastos de la cirugía y pidió nuestra intervención, cosa que hicimos en el acto. Yo personalmente apoyaba su reclamo y me ocupé de hacer las presentaciones para Liliana Beatriz Vega, su nuevo nombre. Logramos que la obra social le reintegre los gastos y que se la reincorpore como mujer con su nuevo nombre, se le pagó todo lo atrasado, respetándole la antigüedad.”

Luis era abiertamente homosexual y afeminado en su trabajo y en el sindicato. Como parte de sus tareas como secretario, conoció en 1958 a Héctor Anabitarte, delegado de la lista de izquierda y cuadro político del Partido Comunista (PC). Anabitarte a partir de 1964 comenzó a debatir sobre política sexual en el marco de las reuniones sindicales para luego, junto a otros 6 compañeros, formar la agrupación “Homosexuales de Buenos Aires”, nombrada hoy en día como su publicación, “Nuestro Mundo”. Tanto la experiencia sindical como la infraestructura del correo fue vital para esta organización:

“Yo traía la experiencia de los boletines de las mutuales y del sindicato. El mimeógrafo lo sacábamos secretamente de la sucursal de Lomas de Zamora, donde yo trabajaba, y lo cargábamos en un Jeep Willys que nos prestaban dos muchachos del correo para poder llevarlo a casa. Imprimíamos unas pocas cantidades los sábados y al día siguiente llevábamos el mimeógrafo nuevamente.”



Unos años más tarde, se fundaría el Frente de Liberación Homosexual (FLH). Su líder, Néstor Perlongher, se había socializado políticamente en Política Obrera, una organización trotskista de fuerte tendencia obrerista, cuya estrategia privilegiada era insertarse en las fábricas a través de la proletarización de sus militantes. En este marco, Perlongher se formó políticamente en los cordones industriales del Gran Buenos Aires, debatiendo con los trabajadores e involucrándose en los conflictos obreros. El mundo del trabajo y la militancia sindical fueron así escenarios necesarios para el surgimiento del activismo homosexual en Argentina.

### **Los chongos: sociabilidad homoerótica entre la fábrica y el barrio**

Las maricas, si bien eran demandadas en empleos asociados a la feminidad, eran activamente rechazadas en los trabajos masculinizados, al ser consideradas —tanto por los demás como por ellas mismas— como incapaces de realizar tareas de alta demanda física como las desarrolladas en las fábricas o en la construcción. Además de la fuerza, no se consideraba que tuvieran otras capacidades supuestamente masculinas, como la inteligencia y la valentía, el temple y la actitud para la resolución de problemas o la habilidad para el manejo de maquinaria. Muchas de ellas, que se imaginaban delicadas y femeninas, a su vez, podrían haber entendido que asumir trabajos físicos representaban una afronta a su autopercepción. Sin embargo, no estaban ausentes en las fábricas: era frecuente su presencia en las secciones más feminizadas, en la administración y en los servicios de limpieza, ámbitos en los cuales mantenían permanente contacto con los trabajadores varones.

La comunidad de varones heterosexuales, en este periodo, se construyó alrededor de la identidad obrera. Las interpelaciones por parte del peronismo, la izquierda y el sindicalismo a sus bases se organizó en torno al trabajo como el principal asignador de sentidos e identidades sociales y sus espacialidades aportaron los principales espacios para la sociabilidad masculina. La identidad trabajadora a su vez estaba íntimamente ligada a la masculina. En el marco del masivo ingreso de mano de obra femenino a las fábricas, en el escenario del crecimiento industrial del desarrollismo, los varones trataron de defenderse de las mujeres, que ganaban peores salarios y tenían peores condiciones laborales, asociándolas con la debilidad y no reconociéndoles capacidades laborales. En este marco, los varones masculinos asociaron con la feminidad a todo varón que no pudiera efectuar esfuerzos físicos.



La radicalización del movimiento obrero y la intensificación de la conflictividad sindical del periodo reforzaron la ligazón de la identidad militante y la solidaridad obrera con la masculinidad proletaria. La valentía en defensa de los compañeros, la resistencia ante la represión, la elocuencia en asambleas, la capacidad de defenderse físicamente de matones o rompehuelgas producían una masculinidad que fortalecía la comunidad de pares-trabajadores varones en sintonía con otros rituales masculinos de afirmación de la virilidad “menos virtuosos”. De este modo, la sociabilidad masculina apareció asociada a compartir y construir comunidad en los espacios de ocio anexos al trabajo y a la militancia en la fábrica: las borracheras compartidas, la visita colectiva a los prostíbulos, pero también la medición de los penes en las duchas, el toqueteo homoerótico en son de chanza y el sexo en grupo con maricas a modo de diversión

En las décadas de 1960 y 1970, los varones heterosexuales jóvenes de clases populares tenían extensamente habilitado el sexo con las maricas sin que esto menoscabara su identidad masculina y su normalidad heterosexual. Por el contrario, tal como hemos analizado en trabajos anteriores, esas prácticas colaboraban en la construcción de la masculinidad, tenían legitimidad social y estaban extensamente extendidas. Como demuestran muchos estudios desde la historia queer, en un universo de sentidos en el cual la virilidad se afianzaba en una supuesta sexualidad incontenible, el penetrar sistemáticamente sea a mujeres, hombres o animales galvanizaba la identidad viril. La identificación de las maricas con las mujeres terminaba de legitimar el papel masculino del varón penetrador.

Un escenario privilegiado para estos intercambios sexuales eran los ámbitos de sociabilidad entre varones que estaban anexos a las zonas industriales del conurbano, principalmente, los bares y los prostíbulos a los que concurrían los obreros finalizada su jornada laboral. Estos lugares de esparcimiento alrededor de las fábricas o aquellos otros desplegados en el trayecto entre estas y los barrios obreros eran inaccesibles para las mujeres y devenían escenario de las relaciones entre trabajadores varones heterosexuales, prostitutas mujeres y maricas. Por otro lado, los trabajos de camarero, encargado o madame en estos bares y cabarés eran demandados por las maricas ya que les permitía estar cerca de los chongos e intimar con estos cuando se pasaban de copas o cuando no había ya prostitutas disponibles para atenderlos. Además, el sexo compensado seguía siendo una actividad ejercida para completar los ingresos por una parte de estos varones heterosexuales, que podían cobrar circunstancialmente a alguna marica por sexo cuando se daba la oportunidad en algunos de estos espacios liminares entre la



fábrica y el barrio. El mundo del trabajo era así una mediación necesaria de estas interacciones homoeróticas. En cierta medida, la identidad trabajadora era indisociable de las posiciones del sujeto y las prácticas de estos varones heterosexuales que se divertían penetrando maricas.

Una fuente reveladora ilustra de forma magnífica el papel del homoerotismo como galvanizador de la comunidad viril de compañeros trabajadores. Se trata de “Los oligurkas del acero”, las memorias de Ángel Molinero sobre su militancia sindical en “Propulsora Siderúrgica” una de las empresas metalúrgicas más importantes del conurbano bonaerense. En ella, Molinero cuenta de que las tensiones eróticas eran cotidianas y fortalecían el compinchismo y la amistad entre la comunidad de trabajadores:

“El tan cotidiano ‘Juego de manos’ no terminaba en ‘rompedero de anos’ pero llegaba a los chuponas, puerteadas y tiradas de fideo. Pero eso sí, siempre en joda, tan en broma como las completísimos inventarios de quienes superaban o no el tamaño del “pija”; lampiños; los que no encontraban nunca la ducha a la primera y los que se ponían al palo enjabonándose frente a los más blanquitos, rubios y con buenos cantos”

En las reuniones de compañeros se actualizaba la lista de aquellos que estaban sexualmente disponibles “para recibir” y se compartían las anécdotas de las aventuras sexuales con ellos. Las manchas de semen en los pisos y las paredes eran testigos de los encuentros sexuales en la privacidad de las cabinas de las grúas o escondidos entre las gigantescas bobinas de chapa.

La fuente da cuenta de la naturalidad con que los obreros asumieron el sexo con maricas, describiendo con lujo de detalles la exaltación y descontrol que crecía en la fábrica ante la llegada de un “imberbe y amanerado muchachito de limpieza de unos 18 años”. Los obreros le arman a escondidas un escenario para que performe las coreografías de Rafaela Carrá y ensaye un striptease, para delirio de los obreros: “los movimientos cadenciosos y frenéticos del desinhibido jovenzuelo (...) armaban tal tremolina que sólo el deseo de ser el primero en bajarle los lienzos impedía una violación colectiva”. Ante el zafarrancho, los jefes “lo sacaron de planta para llevarlo al mantenimiento de oficinas. Pero fue inútil: el-la divo-diva se corría a los vestuarios y transfiguraba las duchas en peligrosos torneos de lanceros bengalés” Estas escenas muestran los modos en los cuales se articuló la identidad obrera, la masculinidad y el





sexo entre varones. El penetrar maricas no sólo afirmaba la identidad masculina, sino que también fortalecía los lazos comunitarios y de solidaridad entre compañeros y sinergizaba la solidaridad obrera.

El caso de Propulsora Siderúrgica es significativo por el lugar que ocupaba en la segunda fase del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones. Empresa del grupo Techint, comienza a funcionar en el año 1969, produciendo insumos básicos para otras ramas fundamentales para la industria blanca (automóviles, cocines, heladeras entre otros). Para lo que nos interesa, es importante señalar que Propulsora empleaba a principios de la década de 1970 a unos 1500 trabajadores, mayormente varones de entre 20 y 30 años, cuya composición salarial fue estudiada como parte de la aristocracia obrera por sus altos niveles salariales y el nivel de cualificación técnica que requería la actividad. Como muestra el trabajo ya citado de Ivonne Barragán y Florencia Rodríguez, la construcción de la identidad trabajadora en los casos analizados por las autoras, Propulsora Siderúrgica y Astillero Río Santiago, se articuló a partir del reforzamiento de los mandatos tradiciones vinculados a la masculinidad patriarcal. Aunque de un modo no lineal, la destreza y fortaleza física, la cualificación técnica y la posición privilegiada en el esquema salarial colaboraron en la conformación de una identidad laboral fuertemente atravesada por las relaciones de género. En ese sentido, los relatos de las prácticas homoeróticas en el contexto de una memoria sobre la trayectoria laboral en Propulsora adquiere mayor relevancia. El ejercicio de la sexualidad entre varones formaba parte de la experiencia obrera y catalizaba a su vez las relaciones al interior de la clase.

### **Reflexiones finales:**

En las décadas que estudiamos, el trabajo era la principal narrativa asignadora de sentidos para una parte mayoritaria de los asalariados. Las clases populares eran interpeladas por las fuerzas políticas mayoritarias del periodo en su calidad de trabajadores. La izquierda consideraba a los proletarios el sujeto histórico de la revolución, a la vez que concurría masivamente a concientizar a las fábricas y los intelectuales optaban por proletarizarse. El peronismo a su vez definía a su líder como el primer trabajador y sostenía que la única clase de hombres que existía era aquella que trabajaba. Paralelamente, interpelaba a sus bases desde una épica y estética indisociable del mundo del trabajo. En el marco de la proscripción del peronismo, además, la resistencia se organizaba alrededor de los sindicatos, que articulaban la



mayor parte de la vida política de la época. No resulta sorprendente que el mundo del trabajo haya sido el principal escenario donde se organizaron las políticas y las subjetividades *queers*.

Si desde la teoría queer somos “siempre-ya” sujetos generizados y, para el marxismo, es la producción la que constituye los sujetos, las transformaciones económicas en el modo de producción capitalista no pueden sino tener una profunda imbricación en los géneros y sexualidades posibles de habitar y de ser pensados.

La producción y el papel que las personas juegan en esta, están profundamente imbricados en la subjetivación y en la constitución de todas las identidades sociales. En este capítulo esperamos haber demostrado que las transformaciones en el modo de producción capitalista y en el papel en el cual los trabajadores se incorporan a este determina directa e inmediatamente las posiciones de sujeto que estos pueden construir en relación con su género y su sexualidad.